

Reino animal

Nataly González



Capítulo 1

El motel se ubicaba junto a un pequeño zoológico abierto desde 1969, cuyas únicas atracciones eran dos monos capuchinos, una cebra y un león viejo que se pasaba el día tumbado espantando moscas con la cola.

Alberto López llegó al atardecer, esa hora peculiar que marca el límite entre la luz y la oscuridad, y se detuvo en la entrada, oculta detrás de una capa de buganvilla con flores blancas entre las que sobresalía un cartel de metal: "SAN JUAN INN, DISFRUTE SU ESTANCIA"

El edificio era pequeño y compacto, con un aire acogedor. La decoración del lobby parecía haberse elegido cuidadosamente, quizás con el objetivo de imitar un salón familiar.

Gloria, la recepcionista, era amable pero no demasiado. Alberto le preguntó los horarios del comedor, del bar, y le pidió un mapa del pueblo. Después, pagó en efectivo, tomó la llave y repitió el número de su habitación tres veces en voz alta: 103, 103, 103.

Subió las escaleras despacio, arrastrando un poco las piernas y notó un cierto olor a lejía en el pasamanos, "olor a limpieza de urgencia" pensó. La habitación estaba ubicada hacia el este, con paredes empapeladas en un diseño floral ochentero. Al fondo, se veía un ventanal alto cubierto por cortinas lila y la luz cálida de las lámparas lo teñía todo de un tono sepia. Alberto arrastró una silla y la puso justo enfrente del ventanal, abrió las cortinas de un tirón y se tumbó sobre el asiento.

A través del cristal podía ver casi todo el zoológico, un par de calles a la redonda y a lo lejos, el mar. Cerró los ojos y se quedó dormido en menos de un minuto.

A eso de las seis de la mañana lo despertó un ruido que no había escuchado nunca. Por alguna razón, estaba en la cama, sin zapatos. La primera luz de día empapaba la habitación, y el tapiz de la pared relucía. Alberto pensó en Eloísa. Pensó en las arrugas que se formaban alrededor de sus ojos. Entró al cuarto de baño y se desnudó frente al espejo. Analizó su cuerpo de 53 años sin piedad, y se despreció por envejecer. Después de una ducha fría, se puso la misma ropa del día anterior y salió a recorrer el pueblo.

Empezó a caminar siguiendo las líneas del mapa hacia el mar. Pasó junto a la entrada del zoológico, una verja oxidada custodiada por dos elefantes de metal y un cartel en blanco y negro conmemorando la apertura de 1969.

Se detuvo en un par de sitios antes de llegar a la costa: un stand de periódicos y una venta de garaje. Olió el mar antes de verlo, y por segunda vez en el día, pensó en Eloísa. Recordó sus pies pisando la arena hacía muchos años, en un mar del Pacífico.

Alberto pasó la mañana en la playa, charlando con un lugareño que vendía piñas coladas en un chiringuito. Cuando le preguntaban si se quedaría en el pueblo por mucho tiempo respondía: "ese es el plan, pero nunca se sabe". Le gustó sentir el sol caliente en el rostro, y el olor a piña que tenía la gente. Alguien le dijo que el ruido que lo había despertado aquella mañana era el rugido mañanero del león. La gente de aquel pueblo había aprendido a ajustar sus horarios y todos despertaban al llamado del rey de la pradera.

"Podría acostumbrarme a eso", pensó, pero no lo dijo.

Regresó al motel en el sopor de la tarde, con la intención de tomar una siesta. Los rayos del sol le quemaban la piel de los brazos y la nuca.

Al entrar en la habitación, Alberto notó algunos detalles que había pasado por alto la tarde anterior, como lo desgastada que parecía la alfombra y la botella de whiskey barato que le esperaba en una de las mesitas de noche, cortesía de la casa.

Se sirvió un poco en un vaso que encontró rodando dentro de una gaveta y se sentó en la silla, junto a la ventana, mirando hacia el horizonte. En el zoológico, una mujer gorda sujetaba la mano de un niño pequeño frente a la jaula de los monos capuchino. Justo en la jaula de al lado, el león viejo bostezaba y movía la cola.

Dos días después, en el comedor del motel, Alberto pensó de nuevo en Eloísa. Recordó el olor que dejaba en la cocina cuando hacía tostadas francesas. Terminó su café con leche, y echó a andar de nuevo, siguiendo las líneas del mapa.

Caminar le hacía bien. Le gustaba que la gente era amable y muchas veces le saludaban al pasar, aunque no lo conociesen. Le gustaba que el pueblo conservaba algunas costumbres de su juventud, como un panadero que era amigo de todo el mundo y un alcalde que vestía de traje y corbata en todo momento. También le gustaba despertar con el rugido mañanero del león. No sabía por qué, pero le parecía algo extraordinario.

La recepcionista del motel le había recomendado una tienda cercana donde podía comprar un sombrero de ala ancha. Entró al local y estuvo un rato mirando estilos y probándose algunos frente al espejo. Eligió uno blanco, con un paño azul marino.

De regreso al motel, se cruzó con una anciana que lo confundió con otro hombre. "Debo tener un rostro muy común", le dijo Alberto, y otra vez pensó en Eloísa. Pesó en su rostro joven el día en que la conoció, y en su rostro anciano el último día que la vio.

El quinto día, al despertar con el rugido del león, cayó en cuenta de que no había deshecho la maleta. De hecho, solo la había abierto un par de veces para sacar unas camisas y ropa interior limpia. "Es muy pronto" pensó, mientras ponía los pies en el suelo.

Decidió que pasaría aquel día en la playa. Quería sentir de nuevo el sol en el rostro y la arena entre los dedos de los pies. Se acomodó en una tumbona cerca del chiringuito de las piñas coladas y se encajó el sombrero en la frente. No había ni una sola nube en el cielo, que se fundía con el mar en un horizonte infinito. Alberto pesó que eso lo hacía feliz. Una pareja de ancianos que también se hospedaba en el motel se acercó y charlaron un rato. Le preguntaron si estaba casado, y Alberto les mostró el anillo en su dedo anular: "Los mejores 20 años de mi vida" dijo.

Regresó al motel caminando despacio, a eso de las seis. Detalló cada árbol, cada casita de tejas rojas y los baches en la acera. Les sonrió a unos niños en patinetes, mientras columpiaba el sombrero en la mano derecha.

La recepcionista lo recibió con una sonrisa.

¿Qué tal el día señor López? – le dijo

Estupendo – respondió

Al entrar en la habitación notó que habían cambiado las sábanas. Se quitó los zapatos y vació en el vaso el último trago de whiskey que quedaba en la botella.

Alberto se tumbó de nuevo en la silla frente a la ventana, y pensó en deshacer la maleta aquella misma noche. Decidió que le gustaba aquel pueblito de cielo azul y olor a piña colada.

En el zoológico, los monos capuchinos chillaban y se mecían con la cola. El león sacudió la melena y siguió espantando moscas con la cola. El sol empezó a ponerse, y de nuevo el día llegó a ese punto místico de la tarde que marca el límite entre la luz y la oscuridad.

De repente, Alberto escuchó un golpe seco que lo hizo estremecerse en la silla.

Inclinándose hacia delante pudo ver a través de la ventana como una sección de la cerca oxidada que separaba las jaulas del león y los monos,

se había desprendido y estaba en el suelo, envuelta en una nube de polvo.

Ninguno de los animales pareció notarlo, y todo se quedó en silencio, como la extraña calma antes de la tormenta.

Un minuto después, el mono más pequeño se impulsó con sus patas traseras y se columpio por las ramas que colgaban del techo hasta el agujero. Dudó un segundo, y luego se descolgó hasta el suelo, quedando a menos de dos metros de la cabeza del león.

La cola del rey de la selva dejó de moverse, y vértebra a vértebra, estiró la columna para ponerse de pie. Alberto lo admiró por un segundo. No le pareció estar viendo un animal viejo y cansado sino una criatura excepcional, joven, llena de vida. En una fracción de segundo, el león saltó y sus garras atraparon al mono.

Los cuidadores llegaron enseguida, corriendo aturdidos de un lado a otro como cuando pasas junto a una casa en llamas y te detienes a mirar, pero no puedes hacer nada. La melena del león se teñía de rojo mientras sus garras sostenían y sus dientes despedazaban. En la jaula de al lado, el otro mono chillaba y saltaba como un espectador vitoreando una puesta en escena macabra.

Entonces Alberto pensó en Eloísa. Pensó en la sangre brotando de su pecho. Pensó en su vestido amarillo tiñéndose de rojo mientras él la sostenía con una mano y le clavaba el cuchillo de cocina con la otra.

Dejó el vaso vacío en la mesita de noche, se puso los zapatos y tomó su maleta. Antes de salir de la habitación, dejó la llave y el mapa del pueblo en el suelo, sobre la alfombra.